



Cada autor y su obra, en su época y en su ambiente

POR RAFAEL BENEDITO

V

Si en la música religiosa encontramos un punto de culminación en el esplendor de la polifonía, a finales del siglo XVI, y tres figuras representativas de este esplendor, de las que hemos hablado, casi simultáneamente en la música profana se registra otro hecho no menos importante por el desarrollo y extensión de un género, consecuencia de este hecho: la implantación de la «ópera», forma en que se concretan y cristalizan cuantas tentativas y ensayos se habían realizado anteriormente en la música dramática o, para ser más precisos, en la música teatral.

La primera ópera propiamente dicha, titulada *Euridice*, se estrenó en Florencia el año 1600, y el autor de su música, Jacobo Peri, formaba par-

te de la famosa camerata florentina. Sería, pues, Jacobo Peri la figura representativa de este género y de esta época; pero, sin quitarle la importancia que tiene, se la concedemos mayor a otro autor de ópera, contemporáneo de Peri, Claudio Monteverdi, por la razón de que en él concurren circunstancias que le hacen adquirir más relieve, a saber: su auténtico genio musical y dramático, su originalidad y su espíritu renovador, mas bien revolucionario, no sólo de las formas y procedimientos establecidos en el género, sino también en la instrumentación, y *trazador* de caminos nuevos, que siguieron los cultivadores de la ópera y hasta de la música sinfónica.

Las huellas de Monteverdi no podrán borrarse nunca de la historia de la música, por cuya